

Una Iglesia más Evangelizadora en las Grandes Ciudades de América Latina

Antonio González Dorado S.J.

En la problemática pastoral planteada en el Documento de Puebla aparece constantemente la preocupación de nuestros Obispos por la evangelización de las grandes ciudades latinoamericanas, que se encuentran, al menos la mayor parte de ellas, en un proceso de crecimiento, que las sitúa entre las megápolis del mundo.

No es extraño que nuestra Iglesia se sienta desorientada y desajustada pastoralmente ante estos nuevos fenómenos del urbanismo moderno, como está sucediendo en otras partes del planeta. En efecto, la Iglesia había creado sus fórmulas pastorales para unas ciudades cualificadas por su sedentarismo y emplazadas en áreas casi dominables peatonalmente, que permitían el conocimiento de la mayoría de los ciudadanos entre sí, de tal manera que, al interior de la ciudad, predominaban las relaciones de vecindad. Por ese motivo, a excepción de ciertos servicios especializados —seminarios, universidades, colegios, hospitales, etc.— la catedral con sus parroquias en las que se centralizaban las organizaciones piadosas y asistenciales, los movimientos apostólicos, y la asistencia a los fieles, eran estructuras pastorales suficientes para la evangelización de las ciudades.

Pero, el fenómeno urbano ha cambiado cuantitativa y cualitativamente: poblaciones millonarias en crecimientos y expansión constantes; nomadismo cotidiano de los ciudadanos, sometidos a las exigencias de una vida pluriespacial; complejidad de horarios, impuestos por las diferentes necesidades de la ciudad, originando una población diurna y otra nocturna; expansión acelerada de todo tipo de informaciones; atracciones múltiples para los denominados tiempos de ocio etc., etc.

A todas estas innovaciones de la ciudad moderna, que exigen una renovación y adaptación de la pastoral de la Iglesia y de sus modelos operativos evangelizadores, hay que añadir los problemas específicos de las ciudades latinoamericanas, tales como la pluriculturalidad de la población, las fuertes concentraciones de juventud, “la creciente brecha entre ricos y pobres (de tal manera que) el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas” (P. 28). Y todo esto acontece dentro de un contexto en el que casi la totalidad de los habitantes están bautizados y se reconocen como cristianos, especialmente con el típico lenguaje de la religiosidad popular, aunque simultáneamente “viven un catolicismo popular debilitado” (P. 461).

Difficil es, sin duda, para la Iglesia enfrentar acertadamente estas amplias y complejas situaciones de nuestras grandes ciudades con una

reconocida carencia de sacerdotes y agentes de pastoral (P. 78), y que tienen que afrontar constantemente "problemas hasta ahora no conocidos" en el seno de unas poblaciones donde se trastornan los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia (la familia, la vecindad, la organización del trabajo), y las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana" (P. 431).

Es lógico que, ante esta problemática grave y común en las grandes urbes de nuestro Continente, los Obispos hayan marcado en Puebla "la necesidad de trazar criterios y caminos, basados en la experiencia y en la imaginación, para una pastoral de la ciudad" (P. 441).

Más aún, es importante el advertir la trascendencia de una pastoral bien orientada y montada en las grandes ciudades. En Puebla se ha reconocido la transformación cultural que en estos años está sufriendo toda América Latina —la ciudadana y la rural— por la incorporación acelerada de la cultura urbano-industrial, con imprevisibles consecuencias para el Continente, según las características con la que ésta se enraíce y adopte (P. 421-428). Pero es en las ciudades donde se están gestando los nuevos modos de cultura (P. 441) y desde donde se transmiten al resto de la población, siendo también las nuevas ciudades industrializadas el motor de la nueva civilización (P. 429). Desde este punto de vista, podemos afirmar que es principalmente en las grandes urbes donde se está jugando el futuro del Continente latinoamericano: de una América Latina más libre, más humana y más cristiana, o de una América Latina desintegrada por la violencia y por la pérdida de su fe.

Frente a este desafiante futuro, en el que se arriesga la sangre y la liberación integral de los pueblos latinoamericanos, la Iglesia, desde su función y misión evangelizadoras recibidas de Cristo, tiene una responsabilidad excepcional, que se la confieren el mandato de Jesús y la trascendencia de su historia plurisecular en el Continente, y que ha de asumirla con fe, con humildad, con valentía y con creatividad, en una palabra, con el fervor de los santos, según expresión consagrada por Pablo VI.

Desde esta óptica amplia, tres son las preguntas fundamentales que se abren a nuestra consideración: *¿qué es evangelizar en la ciudad y a la ciudad?*, pregunta de globalidad; *¿cómo evangelizar en la ciudad y a la ciudad?*, pregunta de operatividad; *¿qué caminos a seguir para la instauración de una pastoral que responda a las necesidades de las actuales ciudades?*, pregunta de estrategia pastoral.

Responder a estas preguntas sólo me es posible ofreciendo algunas reflexiones y sugerencias al diálogo que hoy mantienen sobre el tema los interesados en la renovación y adaptación de la pastoral urbana en las ciudades de América Latina. Serán reflexiones y sugerencias que se mueven en el amplio contexto del Concilio Vaticano II, de Medellín y de Puebla, y del magisterio pontificio más importante tanto de Pablo VI como de Juan Pablo II, teniendo en cuenta los aportes del urbanismo y la bibliografía existente sobre el tema:

I. La Misión Evangelizadora de la Iglesia Urbana

Al iniciar nuestras reflexiones es necesario establecer la concepción de Iglesia Urbana y de Ciudad en las que nos movemos para poder de-

terminar la relación fundamental y básica que ha de establecerse entre la Iglesia y la Ciudad, punto de partida de todas las ulteriores sugerencias pastorales.

Partimos de una comprensión de Iglesia operativa y evangelizadora, considerándola en tres niveles diferentes: la Iglesia Universal; la Iglesia Local —entendida en su sentido teológico y jurídico como la comunidad cristiana presidida por un Obispo y ubicada en un espacio determinado—; y la Iglesia Local Urbana, es decir la comunidad católica que vive y se organiza en una ciudad concreta.

Misión de la Iglesia

La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios que tiene la misma misión evangelizadora de Jesucristo: fiel al proyecto de Dios Padre, colabora con la fuerza del Espíritu Santo en la salvación integral de la humanidad, mediante un método original y propio —el método del Reino de Dios proclamado en el Evangelio— que pretende alcanzar dicha salvación por la conversión interna de las personas, de las culturas y de los pueblos. Por consiguiente, la Iglesia ha de concebirse primariamente como un cuerpo de salvación, el Cuerpo de Cristo, según la expresión paulina.

La salvación a la que aspira la Iglesia es una *salvación integral* del hombre, es decir, bajo todos sus aspectos. En síntesis, es una salvación que pretende simultáneamente la filiación divina del hombre en Cristo, su encuentro fraternal con los otros hombres y el señorío sobre la naturaleza.

Pero, precisamente porque la salvación pretendida por la Iglesia es integral, al sujeto último al que la Iglesia evangeliza, buscando su conversión al Reino de Dios, es *la comunidad humana total*, los pueblos y las culturas, ya que sin la conversión del pueblo y de su cultura la salvación integral de las personas; mientras se camina por la tierra, se hace prácticamente imposible.

En orden a la conversión de los pueblos y de las culturas, la Iglesia, como Cristo, orienta su actividad inmediata a la conversión de personas que se incorporan a su cuerpo y al dinamismo de su misión, y a la formación de ambientes que comenzarán a vivir en el interior de una determinada cultura conforme a las exigencias del Reino, mientras simultáneamente anuncia el Evangelio de Dios y denuncia el pecado esclavizador y deshumanizante del mundo. Pero, al mismo tiempo, descubre con alegría y esperanza aquellas personas, movimientos y ambientes que, sin ser cristianos, aparecen actuando con la dinámica del Reino hacia los mismos objetivos para colaborar con ellos en la instauración de un mundo nuevo (G.S. nn. 19 y 22), porque Satanás no echa a Satanás (Mt 12,25-29).

Pero la Iglesia, en su misión de salvación, actúa con un *método original y propio*, opuesto al método o a los métodos utilizados por los sistemas marcados por el pecado, ya que la transformación liberadora del mundo no pretende realizarla por caminos de fuerza e imposición, sino por la conversión interna y profunda que ha de originarse en el mismo corazón de los pueblos y de las culturas.

Siguiendo el pensamiento paulino, la sociedad pecadora está dominada por el pecado, la muerte y la ley. Cuando dicha situación se transforma en dinamismo conformador del mundo y de la sociedad, se articula

operativamente con hombres endiosados, cuyo poder descansa en la fuerza temerosa de la muerte —que se transforma en homicidio—, y en la imposición de sus propios proyectos —el despotismo de la ley y de los ideologismos— que continúan restaurando y regenerando continuamente el mismo esquema de señores y esclavos.

El dinamismo de la Iglesia se apoya en la subordinación a la Soberanía de Dios (Reino de Dios); que establece como fuerzas de transformación de las culturas y comunidades el amor-servicio a los hombres, el respeto a la vida y la promoción de la verdadera libertad. Por ese motivo, el instrumento del que dispone la Iglesia para realizar su misión se reduce originalmente a la fe de la propia Iglesia, a la fuerza de la Palabra de Dios —que anuncia siempre la Buena Noticia y que denuncia los pecados históricos y concretos— y a los signos que realiza con el testimonio de que ya es posible vivir conforme a las exigencias del Reino, incluso en un mundo en el que externamente prevalece el pecado.

Por último, la Iglesia tiene que realizar su misión constituyéndose con la fuerza del Espíritu y de la Eucaristía en *un cuerpo compacto, unido y orgánico*, con una clara conciencia de corresponsabilidad y misión comunes, que es lo que le permite aparecer como el nuevo Pueblo de Dios en la tierra, como Cuerpo de Cristo para la salvación del mundo, como sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano (L.G. n. 1).

La Iglesia Local

La Iglesia se realiza y expresa en las denominadas Iglesias Locales, que son comunidades cristianas que, bajo la dirección de un Obispo, viven en medio de un pueblo ubicado en una geografía concreta. Estas "Iglesias-en" —para utilizar la terminología del Nuevo Testamento— sin perder la perspectiva universal de toda la Iglesia, y manteniendo la comunión con las otras Iglesias Locales esparcidas por toda la tierra, tienen como misión inmediata la evangelización del pueblo en el que viven, colaborando en su salvación integral y comunitaria.

Estas Iglesias para poder realizar la misión que el Señor les ha encomendado han de asimilar vitalmente el principio teológico-pastoral de que "la evangelización exige la encarnación".

Por dicho principio, la Iglesia Local ha de ser una Iglesia *inculturada* e integrada fundamentalmente por miembros del mismo pueblo en el que se realiza. Ha de ser también una Iglesia *inhistorizada*, es decir, sumergida en la corriente histórica de dicho pueblo con el que comparte sus gozos y sus esperanzas, sus tristezas y sus angustias, sus riesgos y su caminar (G.S. n. 1), de tal manera que el pueblo pueda reconocerla como una realidad que le pertenece, manteniendo simultáneamente la fidelidad a Cristo y la fidelidad al pueblo, al que ha de *acompañar pedagógicamente* en el proceso de su conversión.

Pero la encarnación del Verbo se ha realizado históricamente en un lugar privilegiado, manteniendo el principio salvífico universal de Dios que "quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad" (1 Tim 2,4). Este lugar es en la pobreza y consiguientemente en los pobres, porque el "Verbo se hizo carne" (Jn 1,4), y "a pesar de su

condición divina (...) tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos" (Fil 2,6-7), siendo incluso injustamente situado entre los malhechores (Jn 18,30). El mundo de los pobres ha sido perfectamente delimitado por Puebla (P. 29-41) como el grupo de los que carecen injustamente de la participación en los poderes de este mundo, sufriendo todo tipo de consecuencias inhumanas, en las que definitivamente queda violada la dignidad de la persona humana. Siguiendo la dinámica desencadenada en los últimos años por Juan XXIII y por el mismo Concilio Vaticano II, ha sido especialmente la Iglesia latinoamericana la que ha proclamado "la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres" (P. 1134), descubriendo que cuando con ojos de fe se baja al mundo de los pobres la Iglesia se sitúa en una óptica privilegiada para comprender lo que supone la salvación integral y comunitaria, concreta e histórica en un pueblo determinado. Bajar al mundo de los pobres, identificándose y solidarizándose con ellos con un mensaje evangelizador es por excelencia señal y prueba de que la Iglesia continúa la misma misión de Jesús (P. 1142). Bajar al mundo de los pobres es descubrir un insospechado potencial evangelizador (P. 1147).

A mi juicio, este tema de la opción preferencial por los pobres —en todas las dimensiones evangélicas radicales que implica—, ampliamente desarrollado por la Iglesia Latinoamericana, es una exigencia teológico-pastoral de las Iglesias Locales, y que denomino como principio de *impauperación*, que mantiene la fidelidad al modo histórico de realizarse la encarnación del Verbo.

Iglesias Locales, donde sus miembros en fe y caridad viven estrechamente unidos entre sí bajo la dirección pastoral del Obispo, asimilando el realismo que ofrecen la inculturación, la inhistorización y la impauperación, son las que pueden afrontar con Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo la evangelización concreta que exige un pueblo en sus circunstancias históricas para su salvación integral y comunitaria.

La Iglesia Local Urbana

Entiendo aquí por Iglesia Local Urbana la comunidad católica, jerárquica y carismáticamente dotada, enraizada en una ciudad y que tiene como misión la evangelización, conversión y salvación integral de la comunidad ciudadana, para que la ciudad terrena sea simultáneamente la ciudad de Dios, lo cual no coincide necesariamente —en una manifestación plural del Reino de Dios mientras la humanidad marcha en la historia— como la medieval ciudad cristiana.

Característica específica de la Iglesia Local Urbana es su *inculturación urbana* lo que implica su sintonía con el ethos urbano, la asimilación y adaptación al complejo sistema de vida ciudadana, y su ubicación precisa en la ciudad dentro del conjunto de funciones que se orientan a la promoción del bien de los ciudadanos y de la comunidad urbana.

Entiendo por *ethos urbano* el conjunto de responsabilidades y exigencias morales que surgen en el seno de la comunidad específicamente ciudadana, en orden a que la ciudad sea lo que debe ser desde una perspectiva eminentemente humana, de tal manera que el bien integral del hombre se constituya en la norma de todo el proceso ciudadano. Posterior-

mente desglosaremos los capítulos más importantes de este ethos ciudadano.

La segunda nota de la inculturación urbana es *la adaptación de la Iglesia al complejo sistema de vida ciudadana*. En efecto, dada la misión evangelizadora de la Iglesia; en su organización y prestación de servicios debe acomodarse, manteniendo la integridad del Evangelio, a las posibilidades y modo de ser del hombre ciudadano, a su ritmo de vida y a sus diversas organizaciones, lo que supone en la Iglesia un desarrollo de su capacidad creadora y una gran flexibilidad en sus estrategias misioneras pastorales y en la aplicación de sus propias leyes eclesíásticas.

Por último, la inculturación de la Iglesia en la ciudad exige que ésta descubra con exactitud y viva *el lugar que le corresponde en la ciudad*, dentro del conjunto de las funciones ciudadanas, que han de mantener con respecto a la Iglesia la legítima independencia y autonomía que son propias de las realidades temporales (G.S. n. 36).

Para la determinación del lugar exacto que le corresponde a la Iglesia en la ciudad coinciden la apreciación de la sociología urbana y el magisterio de la Iglesia emitido en la "Declaración sobre la Libertad Religiosa".

Conforme a la enseñanza del Concilio Vaticano II, "la misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso" (G.S. n. 42). Desde este punto de vista, la Iglesia, sepultando definitivamente el viejo sistema de cristiandad, se sitúa conscientemente tanto en la sociedad como en la ciudad, entre las estructuras y organizaciones denominadas libres —correspondientes al derecho de libre asociación de los ciudadanos— proclamando y declarando los derechos de libertad que le competen como comunidad religiosa y que deben ser reconocidos y respetados por las autoridades políticas de la ciudad (D.H. n. 4).

De esta manera, la Iglesia, respetando las autoridades políticas de la ciudad, se sumerge en el ámbito modesto de los ciudadanos, de la humanidad, que legítimamente postulan la libertad para asociarse en intereses comunes —en nuestro caso de tipo religioso— y para colaborar, desde su originalidad e iniciativa, en el mejoramiento de la comunidad ciudadana.

Así la fuerza y el poder de la Iglesia en la ciudad aparecerán exclusivamente fundados en la Palabra de Dios revelada en Cristo y en las exigencias postuladas por la dignidad de la persona humana. Hecha y vivida su opción preferencial por los pobres de la ciudad, desde su vocación ética, religiosa y evangélica, su acción evangelizadora se orienta a promover el bien de la comunidad ciudadana conforme a las urgencias del Reino de Dios y del ethos urbano, renunciando conscientemente, lo mismo que Cristo, a la asunción de los poderes políticos que rigen la ciudad tanto explícita como implícitamente, como sería mediante pactos o compromisos que terminarían amenazando su legítima libertad de expresión y acción, que le ha sido dada directamente por el Señor Jesús. Ahí es donde la Iglesia puede ser la voz de los que no tienen voz, pero corriendo los riesgos de los marginados de este mundo, los mismos que padeció en su propia carne Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia Local Urbana, inculturada de esta evangélica y urbana manera en la ciudad, constituyendo un cuerpo cristiano de salvación,

surge como fermento orientando su evangelización a la salvación integral y comunitaria de la urbe, es decir, de toda la comunidad ciudadana. Ese es el sujeto global al que se dirige: la ciudad misma concebida en toda su globalidad mientras siguen viniendo "los pájaros a anidar en sus ramas" (Mt 13,32).

II. Un Acercamiento a la Comprensión de la Ciudad

El sujeto último y global de evangelización de la Iglesia Local Urbana es la ciudad, cuya conversión integral y comunitaria desde el corazón de su interioridad y de su cultura es lo que se pretende. Pero, ¿qué es una ciudad? El evangelizador necesita conocer al sujeto de su evangelización.

De hecho es casi imposible dar una definición de ciudad. Detrás de dicha palabra se encuentran las imágenes y concreciones más diversas según las diferentes culturas y momentos históricos en los que aparecen, evolucionan y viven las ciudades.

Por eso pretendo, de una manera sencilla, ofrecer un acercamiento a la comprensión de la ciudad en general, de la ciudad actual y, más en concreto, de la ciudad latinoamericana, objetivo más específico de nuestra preocupación pastoral.

La Ciudad en General

La ciudad fundamentalmente es una concentración humana en un determinado punto del espacio, que se reconoce y es reconocida con una determinada función: ser centro de ciertos servicios especializados (administrativos, financieros, comerciales, culturales, religiosos, recreativos etc.) para ciudades de segundo orden o poblados ubicados en una región más o menos amplia sobre la que la urbe ejerce su influencia. Desde este punto de vista, el sistema urbano siempre ha sido más amplio que la ciudad, ya que simultáneamente comprende la región centralizada y coordinada, y la urbe centralizadora, la que supone un sistema de relaciones abiertas entre el campo y la ciudad, utilizando una expresión simplificada, pero sugerente.

La población urbanita —es decir, la que vive en la ciudad— organiza y elabora su propio medio ecológico humano —la urbe— que simultáneamente ejerce, al menos para la mayoría de sus ciudadanos, las funciones de "habitat", en su sentido más amplio, y de instrumento de trabajo.

La concentración urbana se constituye de esta manera en un tipo de comunidad humana muy específica, en la que se pueden marcar entre otros los siguientes caracteres:

a. La ciudad tiene su *propia identidad* —por la que se diferencian unas ciudades de otras— con una *conciencia colectiva*, por la que los habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad —es decir, a tal comunidad urbanita— considerando sus logros y sus fracasos colectivos como propios.

Esta conciencia colectiva e identificativa implica que los ciudadanos reconocen la existencia de unas *responsabilidades comunes*, de una cierta

participación y comunión, factores que posibilitan el desarrollo concreto de la ciudad.

b. La ciudad es una comunidad humana muy *sensible a los fenómenos que ocurren a su exterior*, de los que, de alguna manera, se siente dependiente y tributaria, pues en gran parte de tales fenómenos depende su caos o su porvenir. Por ese motivo suele ser especialmente *receptora de noticias e informaciones*.

c. En su interior la comunidad urbana se caracteriza por las *especializaciones complementarias* de sus habitantes (maestros, médicos, comerciantes, artesanos, basureros etc., etc.), lo que exige un sistema regulado y coherente de relaciones que determina *la organización* de la ciudad.

La organización se manifiesta casi visualmente por la zonificación de sus espacios, por la distribución de sus servicios, por las facilidades de comunicación y por la sincronización o control del tiempo. Estos factores han de quedar garantizados por la responsabilidad de una autoridad urbana y por la disciplina de los propios ciudadanos.

d. Dada la importancia de las especializaciones complementarias con una acertada organización para la buena marcha de la urbe, la ciudad origina un tipo de comunidad en la que se valoran prioritariamente las *relaciones de tipo primario* (relaciones objetivas) sobre las de tipo secundario (relaciones subjetivas).

Las relaciones de tipo primario son funcionales o profesionales. Por ellas se establecen los contactos con el médico, el maestro, el mecánico, el almacenero etc., y mediante ellas se constituye el engranaje de la fluidez y operatividad de la vida ciudadana. En este tipo de relaciones más que la simpatía o la amistad *lo que se valora* es la *capacidad, la disponibilidad* y la *responsabilidad* de los especialistas y funcionarios. Así aparece el llamado *anonimato urbano*, que establece una disociación entre la vida pública y la vida privada de los ciudadanos, al mismo tiempo que surge en la conciencia ciudadana un nuevo modelo de comunidad-objetiva.

e. Frente a esta rígida organización objetiva que impone el sistema urbano, la ciudad en su interior crea otro sistema que favorece la *originalidad, la libertad* y la *intimidad* de los ciudadanos.

Así aparece en las *múltiples posibilidades* que debe ofrecer de ocupación, diversión, información y servicios, y a los que se debe tener acceso según las tendencias, aficiones, preocupaciones o necesidades de cada ciudadano.

La ciudad es un espacio donde tienden a multiplicarse las *asociaciones libres*, constituidas por personas que sintonizan entre sí en unos mismos intereses o aficiones, y en las que pueden establecerse relaciones de tipo secundario, incluso en el plano de la amistad.

Por último, el mismo volumen demográfico de las ciudades y las exigencias de una cierta *tolerancia*, que impone una convivencia masiva, favorece el respeto a la privacidad, originando un ambiente permisivo para la expresión libre de cada persona.

f. El ciudadano dentro del área urbana de su ciudad nunca se siente ausente, e incluso, al menos teóricamente, debería sentirse seguro hasta

en zonas desconocidas o poco frecuentadas por él. Pero dentro de este cierto sedentarismo urbano, es típico del urbanita su *pluriespacialidad*, casi con ritmos cotidianos, semanales etc. Sobre todo en la ciudad moderna, suelen quedar muy distantes el hogar, el lugar de trabajo, el sitio de descanso o diversión etc., etc., Y además, dicha pluriespacialidad se multiplica en cada familia según el número y condición de sus miembros.

La pluriespacialidad real de los ciudadanos absorbe un número de sus horas en cada uno de los espacios, teniendo que reservarse un remanente importante de tiempo a la mera movilidad.

Hasta aquí algunas características de la ciudad, que adquieren especial relevancia en la ciudad moderna, como veremos posteriormente.

Ethos y Humanismo Urbanos

Toda comunidad humana específica al congregarse inmediatamente queda marcada por *unas exigencias internas de humanización en su proceso y desarrollo*, que determina el humanismo propio de dicha comunidad. Al traducirse dicho humanismo en una responsabilidad que ha de ser asumida por la propia comunidad y por sus miembros, nos encontramos con el ethos comunitario. Y es el fenómeno que también encontramos en la comunidad ciudadana, originándose un ethos y un humanismo específicamente urbanos.

Se trata de un *tema de especial trascendencia para comprender las contradicciones y conflictos* que se generan en el fondo de las comunidades urbanas. Sólo intento ofrecer algunas pistas, para posibles elaboraciones futuras que puedan realizarse con mayor profundidad. Se trata de un esquema montado sobre la descripción que he ofrecido sobre la ciudad.

1º La ciudad, de suyo, es un ente socializado porque la ciudad es, de todos los ciudadanos y para todos, y su construcción y remodelación constantes exigen la colaboración y la corresponsabilidad de toda la ciudadanía.

Esto muestra la exigencia de una democracia urbana, con los instrumentos necesarios de información, diálogo y participación en las decisiones que afectan a toda la ciudadanía.

2º Toda ciudad es una comunidad abierta al exterior, como entidad de servicio a la región que centraliza y como dependiente de otros centros superiores, conforme al modelo ofrecido por Christaller.

Consiguientemente, la ciudad no puede ensimismarse en sí misma. Con relación a la zona que centraliza la ciudad se realiza en la medida en que, deponiendo posturas dominadoras o parasitarias, promueve el desarrollo total de dicha zona.

Pero simultáneamente, la comunidad urbana ha de defender los límites de su legítima autonomía y autodeterminación de los otros entes exteriores de los que ella necesariamente depende.

3º La ciudad es el instrumento de trabajo para la ciudadanía. Esto exige la promoción de los puestos de trabajo necesarios y econó-

micamente rentables para que todos los ciudadanos puedan llevar una vida humana, y con el excedente económico necesario para atender a los servicios comunes que han de llegar equitativamente a todos, y para la atención de aquellos ciudadanos que por diferentes motivos se encuentran incapacitados de enfrentar la vida por sí solos.

4º La ciudad tiene que ser un habitat humano para todos sus habitantes, lo que exige la atención al medio ecológico general, y la promoción de un sistema que le permita a todos los ciudadanos un tipo adecuado de vivienda, transporte y otras clases de servicios que sean verdaderamente humanos para los individuos, las familias y las subcomunidades.

5º El sistema organizado de la ciudad exige la incorporación responsable de las personas a la organización, conscientes de la necesidad de su colaboración para la marcha de la ciudad, y para que ésta pueda cumplir con su misión de servicios a la zona que centraliza.

Pero, al mismo tiempo, la organización global postula que los ciudadanos puedan organizarse en otras organizaciones intermedias y libres, en las que se encuentren especialmente realizados como personas totales —subjetividad y objetividad—; desde las que, de diferente manera puedan influir en el mejoramiento de la organización global; desde las que puedan defender sus legítimos derechos y/o compaginar los derechos encontrados de los diferentes grupos o funciones ciudadanos.

6º La densidad demográfica de las grandes ciudades exige un profundo respeto a la pluralidad de las opciones personales y una gran tolerancia, en la medida en que no quede afectado el orden público, dado que sólo en el respeto a la libertad personal y grupal se hace posible la convivencia urbana.

7º Por último la ciudad ha de estar estructurada y organizada de tal manera que cada ciudadano se sienta personalmente atendido en sus necesidades fundamentales y en el desarrollo de su propia personalidad.

Sin duda que este esquema puede ser ampliado o impostado de otra manera, pero al final encontraríamos que el ente-ciudad ha de tener como normativa el bien del hombre, siguiendo el planteamiento hecho por Juan Pablo II en temas similares, con una insistencia en la promoción de la responsabilidad protagónica —no meramente pasiva— de la libertad, de la justicia social y distributiva —tanto en las cargas como en los beneficios— y en el servicio.

La fidelidad al Ethos y al humanismo urbanos es lo que garantiza la humanización progresiva de la ciudad en la dinámica del Reino de Dios.

Factores Coadyuvantes y Distorsionantes

Por el desarrollo temático que he realizado hasta este momento sobre la ciudad, podemos tener la impresión de que la realidad y la cultura urbanas surgen automáticamente y con sus propias leyes por sí mismas. Pero el fenómeno es mucho más complejo en la realidad.

Los sistemas urbanos han surgido siempre en el ámbito de una cultura determinada o incluso en un espacio de convivencia multicultural. Dicha realidad cultural o pluricultural condiciona y se integra dentro del sistema urbano, originando una nueva síntesis, que permite distinguir, por ejemplo, entre culturas urbanas orientales y occidentales. Más aún, incluso dentro de un mismo sistema urbano, normalmente se originan dos subculturas: la urbanita y la rural. Así, la comunidad urbanita, ha sido considerada como más progresista, mientras que la cultura rural —siendo también urbana— suele ser interpretada como más tradicionalista y conservadora.

De hecho un correcto sistema urbano ha de saber mantener los auténticos valores de la cultura original en la que se ha enraizado y en la que se ha desarrollado, y provocar la comunión entre las diferentes culturas cuando se encuentran conviviendo dentro de la misma ciudad o del mismo sistema urbano. Los Obispos en Puebla se sienten alarmados ante los posibles etnocidios al afirmar que “la cultura urbano industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas, pretende ser universal. Los pueblos, las culturas particulares, los diversos grupos humanos, son invitados más aún, constreñidos a integrarse en ella” (P. 420).

Teóricamente la ciudad, desde sus ethos y humanismo urbanos, deberían ser una invitación a la progresiva humanización y adaptación de las culturas a la nueva situación ciudadana, promoviendo de esta manera una mayor identificación de cada una de las ciudades, y un incremento de potencial creado para las diversas fórmulas de solución que exigen la problemática de una ciudad.

Pero, el mayor peligro actual para el desarrollo del etnos urbano no está en la cultura autóctona y original sobre la que está montada la ciudad, sino en la incorporación de sistemas políticos, sociales y económicos en los que se abren las ideologías imperantes con pretensiones de validez universal, que terminan dominando la ciudad, organizándola y hasta estructurándola urbanísticamente conforme a sus propios modelos, no siempre coincidentes con el ethos urbano y con la cultura autóctona de la urbe.

Este hecho ha originado y origina en muchos casos la convivencia simultánea de los sistemas —uno dominante y otro dominado—: el ideológico foráneo y el autóctono “cultural-urbano”, creando las más profundas contradicciones internas de la ciudad, abocándola al caos o a la violencia.

La Ciudad de la “Modernidad”

Dentro del marco general de las ciudades, en nuestra época han coincidido simultáneamente un conjunto de fenómenos que han dado origen a la nueva modalidad de las urbes de la modernidad.

Intentando una síntesis apretada y simplificada, los nuevos factores son los siguientes: la aparición de la industria —como superación de la tradicional artesanía— y su integración al paisaje urbano; los nuevos sistemas de comunicación, tanto en el transporte como en la información;

el desarrollo del mundo de las finanzas, como expresión de las exigencias de concentración y acumulación de capital; y todos estos factores dinamizados dentro de modelos "economicistas".

Estos factores han incidido poderosamente en las ciudades, convirtiéndolas en poderosos centros industriales —de tal manera que durante mucho tiempo las ciudades han quedado simbolizadas por las chimeneas de sus fábricas— desarrollando su comercio, y multiplicando los centros financieros, generalmente edificados en el sector más noble de la ciudad, que curiosamente recibe el nombre de "city".

Simultáneamente, por efecto de estos mismos factores y por la rápida asimilación de los nuevos medios de comunicación, la ciudad se ha convertido en un gran centro de circulación y comunicación humana, receptor y transmisor de toda clase de información y de todas las corrientes del pensamiento con sus problemas, planteamientos y soluciones, creando una nueva conciencia de la peculiar importancia de la ciudad, favoreciendo el pluralismo de los ciudadanos aunque, generalmente, dentro del rigor del modelo economicista imperante y del que se hace propaganda constante por los medios más diferentes.

Este nuevo modelo de ciudad, de hecho —y prescindiendo en este momento de sus causas— ha provocado fuertes inmigraciones hacia las urbes, que unidas a los avances sanitarios, han originado su gigantismo espacial y demográfico multiplicando los fenómenos de las megápolis, de las conurbaciones y de las denominadas áreas metropolitanas.

Dos Modelos de las Ciudades de la "Modernidad"

Este tipo de ciudad se ha generalizado de tal manera que las podemos encontrar en cualquier parte del mundo. Pero, claramente aparecen dos modelos según dichas ciudades se encuentren ubicadas en países fuertemente desarrollados o en países subdesarrollados o en vías de desarrollo.

En los países grandemente desarrollados, superadas las primeras etapas de su industrialización, el imperio de un economicismo con extraordinarios recursos económicos ha tendido a equilibrarse con un mejoramiento del medio ecológico en el que se desenvuelve el sistema urbano, y con un incremento de las posibilidades económicas de trabajo de su población. Generalmente, también en estas ciudades, con grandes recursos económicos, han promovido la socialización y mejoramiento de todo tipo de servicios para los ciudadanos, originándose una cierta situación de bienestar aunque con frecuencia desequilibrada por la incitación constante del consumismo.

Las ciudades en zonas de subdesarrollo o en vías de desarrollo presentan una imagen bien diferente. Su industria, su sistema de comunicación y de información —desde aspectos muy variados— su economía y su sistema financiero están condicionados *por una fuerte dependencia* con centros poderosos del exterior (los que Puebla ha denominado como grandes potencias), limitando las capacidades de autodeterminación y de autogestión de la propia comunidad urbana.

Este hecho, por diferentes caminos, genera un conjunto de fenómenos enlazados entre sí que entran en abierta contradicción con el ethos

urbano. En primer lugar surge *el parasitismo de la ciudad* sobre la región que centraliza, imponiéndole simultáneamente los modelos economicistas, lo que provoca una huida del campo cada vez más inhumano y con menos posibilidades, y una inmigración masiva y descontrolada a las ciudades. Las ciudades, a su vez se sienten invadidas y, bien por su propia limitación, bien por las rígidas normas del economicismo por las que se rigen, se origina una *desproporción entre población y trabajo*, surgiendo una inmensa masa de desocupados generalmente encubierta por el comercio-hormiga, los pequeños servicios de sobrevivencia, e incluso por el incremento de una burocracia inútil con las secuelas del desarrollo de la prostitución, la criminalidad, la mendicidad etc.

Urbanísticamente se originan los enormes cinturones de los denominados *barrios marginados*, con frecuencia establecidos por mera ocupación de sus habitantes, y caracterizados por la inhumanidad de la vivienda, por la ausencia o precariedad de los servicios e incluso, por su inseguridad interna. Frente a ellos suele surgir una llamativa "city", en la que se concentran los grandes bancos, los lujosos comercios y centros de diversión, y en estratégicos lugares los "barrios residenciales" que, en parte por las exigencias de los nuevos sistemas viarios ciudadanos, en parte buscando su aislamiento y seguridad, comienzan a estructurarse en los denominados polígonos.

Todos estos fenómenos conducen a la población urbana a un punto crítico de contradicciones y caos, que se traducen en conflictos sociales —profundos conflictos urbanos— cuya dinámica se preocupa aminorar con soluciones precarias y coyunturales, del todo insuficiente desde el punto de vista del ethos urbano, con campañas antinatalistas —que ojalá no generen con el tiempo su complemento de campañas eutanasistas— o con la represión.

Lógicamente, todos estos nuevos factores y consecuencias unidos, dan origen a una novísima cultura urbana, extraordinariamente compleja, cargada de valores, pero en la que sobresalen los antivalores, que inciden en todos los sectores de la vida —político, social, familiar, estético, pedagógico y religioso— con un cúmulo inmediato de problemas interrelacionados, que vuelven abrir en un nuevo contexto urbano las tres preguntas fundamentales: ¿qué es el mundo? ¿quién es el hombre? ¿quién es Dios?

La Ciudad del Futuro

En el horizonte histórico ya comienzan a aparecer nuevos fenómenos que pueden tener una especial trascendencia para la vida de las ciudades: la utilización de la energía nuclear e incluso solar, la automatización y la informática, con la aparición de las denominadas ecumenópolis.

Aún no sabemos la trascendencia que puede suponer este horizonte para las futuras ciudades. Pero ya desde ahora, la Iglesia tiene que estar atenta a las nuevas corrientes para que puedan ser evangelizadas en su mismo nacimiento, acompañándolas en su posterior proceso.

III. La Ciudad Latinoamericana

Pero, una vez que hemos intentado presentar una visión comprensiva y global de la ciudad, en nuestro caso tiene especial importancia el comprender la ciudad latinoamericana, objeto de evangelización por parte de nuestra Iglesia.

Si, como indicaba al comienzo de la parte anterior, es prácticamente imposible elaborar una imagen común de ciudad, lo mismo sucede cuando se quiere presentar la ciudad latinoamericana. Pero, no obstante sus marcadas diferencias —lo que exigiría al menos la presentación de una tipología fundamental desde distintas perspectivas— hay una serie de características comunes por las que se define de alguna manera la ciudad latinoamericana. Y este es el intento que pretendo presentar.

La comprensión de la ciudad actual en América Latina necesita una profundidad histórica, lo que nos hace recordar las tres fases fundamentales del urbanismo latinoamericano, apoyados fundamentalmente en los estudios de Hardoy.

La Ciudad Colonial

Entre 1520 y finales del siglo XVI, españoles y portugueses fundaron la gran mayoría de las ciudades y asentamientos de América Latina construídos durante el período colonial, entre ellos casi todos los que actualmente tienen importancia internacional, nacional y hasta regional.

El sistema urbano conseguido, e incluso el modelo de sus ciudades, fue el resultado de una *consciente política urbanizadora* promovida con espíritu de *conquista* —de “Conquista Espiritual” hablaría incluso el P. Ruiz de Montoya para caracterizar el emprendimiento de las reducciones guaraníes en el Paraguay— con asentamiento *colonial* y bajo régimen de *cristiandad*.

Bajo este signo, tres tipos de centros urbanos alcanzaron especial importancia: los portuarios, los políticos administrativos y los mineros. Así se construyeron, por ejemplo, dentro del área española, Méjico y Lima, Buenos Aires y Bogotá, Santiago, Quito y Guatemala, centros intermedarios entre la política imperial de España y el sistema productivo —minero y/o agrícola ganadero— de las denominadas Indias Occidentales.

La importancia de las ciudades portuarias marcan decididamente el movimiento centrífugo del sistema urbano instalado y orientado hacia las metrópolis, mientras que dentro del propio territorio la estructura especial comenzó a funcionar de manera centrípeta con respecto a los polos regionales de la colonia y de los grandes centros político-administrativos.

Desde un principio el sistema urbano colonial se montó sobre la *pluriculturalidad* —aceptación de culturas aborígenes y culturas africanas— que favorecían el mestizaje, pero con sometimiento a la cultura metropolitana mediante los sistemas establecidos de encomienda para los amerindios y de esclavitud para los negros traídos de África. *La expansión rápida del cristianismo*, desde un punto de vista estrictamente sociológico, favoreció ciertos niveles de integración continental dentro de la

pluriculturalidad, fácil de advertir actualmente en América Latina, pero sin lograr conseguir una situación de cierta paridad, dando validez para el pasado la afirmación hecha en nuestros días por Puebla: "en pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia", de tal manera que esta constatación aparece como "un índice acusador de que la fe no ha tenido fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos" (P: 437).

El dominio de los colonizadores con el espíritu barroco y religioso de la época, quedó plasmado en las grandes urbes coloniales.

Desde la Independencia hasta 1914

Finalizado el período colonial, el sistema urbano permaneció prácticamente el mismo, aunque se incrementó el volumen y la diversificación de las materias primas y de algunos productos alimenticios exportados por América Latina hacia los nuevos mercados europeos, principalmente hacia Inglaterra, que mediante créditos abrió el consumo de sus productos manufacturados a los mercados latinoamericanos.

Son los años de la industrialización europea. Los intereses locales, en general, mostraron su preferencia por la importación de transportes, servicios públicos urbanos, comunicaciones, desarrollo de las finanzas, y la transformación de los bienes primarios para el consumo local o nacional y eventualmente internacional.

Entre 1870 y 1914 aparece un rápido crecimiento urbano principalmente en Cuba, Litoral Argentino, Uruguay y Sur del Brasil, con fuertes corrientes inmigratorias, especialmente europeas, que se prolongan hasta 1930.

Las Modernas Megápolis

Con ocasión de la primera Guerra Mundial, debido a la dificultad de las importaciones, se inició un primer momento de industrialización en las ciudades latinoamericanas, con industrias generalmente livianas, destinadas a servir a un sector minoritario de sus poblaciones nacionales, dado que los ingresos de los sectores mayoritarios eran insuficientes para acceder a esta producción.

Pero han sido principalmente a partir de la segunda Guerra Mundial cuando muchas ciudades dieron la imagen de una rápida industrialización, con la incorporación acelerada de los nuevos sistemas de comunicación móvil e informativa. Es el momento en que comienzan a desarrollarse las grandes industrias y entidades multinacionales.

Estos hechos, unidos a una crónica crisis rural, aceleran un rápido crecimiento urbano, pero no con nuevas fundaciones en territorios vírgenes o desocupados, como en los períodos anteriores, sino incidiendo en determinadas ciudades, cuyo desarrollo demográfico y físico ha sido tan extraordinario que la imagen nueva que presentan en la actualidad estas ciudades tiene poco que ver con las que ofrecían hace dos generaciones.

Estas ciudades latinoamericanas muestran *tres características* que las suelen identificar: *convivencia pluricultural* con predominación lingüística del español o del portugués, altos porcentajes de *juventud* y pertenencia ampliamente mayoritaria al *catolicismo* con fuertes expresiones de religiosidad popular. Junto a estas características aparece perfectamente definida la imagen de la ciudad de la modernidad típica de los países subdesarrollados o en proceso de desarrollo, anteriormente descrita.

Los propios Obispos, con intuición pastoral, han presentado el cuadro de estas ciudades latinoamericanas en su Documento de Puebla. Afirman que "crecen desorganizadamente con peligro de transformarse en megápolis incontrolables en las que cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica" (P. 71 y 121). Subrayan, en su contemplación "la creciente brecha entre ricos y pobres", de tal manera que "el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas" (P. 28). Insisten en repetidas ocasiones que la "situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos (...) no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de miseria" (P. 29-30), y las valoran éticamente como "estructuras generadoras de injusticia" (P. 437), lo que hace que "desde el seno de los diversos países está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos" (P. 87). Estos fenómenos dinamizados con las corrientes ideológicas de marcada raíz materialista y economicista que imperan o se propagan por nuestras ciudades (P. 542-550), *amenazarán con una violencia globalizada y fratricida* (P. 531) con consecuencias inimaginables.

Desde el punto de vista religioso, las ciudades aparecen llenas de cristianos y de juventud cristiana, surgiendo "la necesidad de evangelizar y catequizar adecuadamente a las grandes mayorías que han sido bautizadas y que viven un catolicismo popular debilitado" (P. 461), pero constatando simultáneamente que "el crecimiento demográfico ha desbordado las posibilidades actuales de la Iglesia para llevar a todos la Buena Nueva (...), por la falta de sacerdotes, por la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, por las deserciones producidas, por no haber contado con laicos comprometidos más directamente en funciones eclesiales, por la crisis de los movimientos apostólicos tradicionales" (P. 78).

Simultáneamente los Obispos han indicado la zona del escándalo: "En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia", surgiendo como "un índice acusador de que la fe no ha tenido fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos" (P. 437), mientras se propaga de diferentes maneras "la ideología que llamamos secularismo" (P. 434).

Estos son los *dos desafíos* que la ciudad latinoamericana lanza a nuestras Iglesias Locales Urbanas: la amenaza —ya en muchos sitios

realidad— de las luchas fratricidas y la crisis de la fe; desafíos que expresados en sentido esperanzador y positivo, abogan por la instauración de la paz, fundada en la caridad y en la justicia; y por la maduración de la fe en nuestras ciudades latinoamericanas.

La pregunta que surge es: ¿Cuál es el papel de la Iglesia frente a estas ciudades concretas, y cuál puede ser el sistema pastoral para realizarlo?

IV. La Iglesia Urbana como Modelo Evangelizador de la Ciudad Latinoamericana

Hasta este momento hemos establecido dos presupuestos fundamentales. El primero considera a la Iglesia como un cuerpo orgánico, cuerpo de salvación, Cuerpo de Cristo, con una misión evangelizadora que, aunque tomando siempre como punto de partida las personas tiene como objetivo último la conversión de las culturas y de las comunidades. El segundo presupuesto es la comprensión de la ciudad como una comunidad humana y como una cultura específicas, marcada con sus propias exigencias y responsabilidades, y con sus propios problemas.

Al establecer la relación entre la Iglesia Local Urbana y la ciudad, nos encontramos, consiguientemente con el relacionamiento de dos comunidades inadecuadamente distintas, de las cuales la primera, es decir, la Iglesia, tiene como misión la evangelización de la segunda, es decir, de la ciudad.

El problema se plantea cuando se trata de establecer la relación operativa y válida —operatividad evangelizadora— cuando la propia Iglesia se siente desbordada en sus posibilidades reales (P. 78), con estructuras y organismos pastorales inadecuados para la nueva situación, (P. 111) frente a unas ciudades gigantescas y con una compleja y difícil problemática, como sucede en nuestras grandes ciudades latinoamericanas. Son situaciones en las que el peligro es o caer en la desesperanza, manteniendo lo que tradicionalmente se ha venido haciendo siempre, o la dispersión en constantes aventuras nuevas que al cabo de poco tiempo van agotando a los hombres. Por ese motivo, creo que es necesario saber focalizar la acción en un proyecto que, supuesta una sólida fundamentación, sea viable con las posibilidades reales que se tiene y puedan preverse en él eficacia evangelizadora.

Hay dos números en Puebla que nos permiten estructurar un proyecto con tales características para nuestras Iglesias Locales Urbanas. El texto es el siguiente: "La Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida. Así, en fidelidad a su condición de sacramento, trata de ser más y más en signo transparente o *modelo vivo* de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar. La pedagogía de la Encarnación nos enseña que los hombres necesitan *modelos preclaros* que los guíen. América Latina también necesita tales modelos.

Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el Continente *un ejemplo* de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor, donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza.

Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre" (P. 272 y 273).

Estas orientaciones nos permitirían volcar todo nuestro interés y nuestro esfuerzo en la construcción reevangelizadora de una Iglesia urbana que de tal manera realice en sí misma la Ciudad de Dios que pueda ser modelo vivo y dinámico de la ciudad terrestre en la que vive y de la que forma parte.

Modelo Dinámico

Entiendo por modelo dinámico la realización de un proyecto a escala reducida pero con posibilidades y con fuerza expansiva para poder ser reproducido en escala mayor y con las diferencias oportunas exigidas por la nueva materia en la que se realiza.

El proyecto evangelizador del modelo dinámico nunca ha sido ajeno a la pastoral de la Iglesia. San Pablo se expresaba diciendo: "Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo" (1 Cor 4,16), y alaba a los Tesalonicenses afirmando que "de hecho vosotros, hermanos, resultastéis imitadores de las Iglesias cristianas de Judea" (1 Tes 2,14). Y en los Hechos de los Apóstoles se presenta el modelo de la comunidad eclesial, cobrando especial densidad en el conocido pasaje del capítulo segundo, versículos 42 al 47.

En el fondo de la teología y de la pastoral del testimonio, hoy de tanta importancia en las reflexiones cristianas, subyace el proyecto del "modelo dinámico" como acertado para la evangelización.

La fuerza del modelo está en establecer ya como posible, aun en pequeña escala, lo que los otros juzgan como imposible, mostrando simultáneamente el proceso de viabilidad.

¿No deberían nuestras Iglesias Urbanas Locales interiorizar y vivir en sí mismas el proyecto de la Ciudad de Dios de tal manera que sirvan de fermento, estímulo y modelo a las ciudades latinoamericanas para un proyecto similar en sus dimensiones y categorías correspondientes? Esta es la sugerencia, a mi juicio, más focal en el plano operativo que ha sido propuesta por Puebla.

La Ciudad de Dios en la Iglesia

No se trata, evidentemente, de que la Iglesia intente crear una ciudad paralela dentro de la ciudad, conforme al desencarnado proyecto de Tertuliano de fundar una "ciudad cristiana" en la Tracia. Miembros de la ciudad humana han de ser los cristianos urbanitas, solidarizados con ella, viviendo los problemas que viven todos los ciudadanos y arriesgándose con todos en la búsqueda de las soluciones que su ciudad necesita.

Pero, son también miembros de una comunidad específica en el interior de la ciudad, la Iglesia. El peligro de esta comunidad eclesial es, mientras intenta cumplir con ciertas misiones y servicios al interior y al exterior de la propia comunidad, asimilar acríticamente las deficiencias

y los pecados radicales de la sociedad en la que vive, lo que le haría perder su autoridad evangelizadora y su fuerza misionera, y la conduciría desde su pecado interno a una fácil tolerancia e irenismo con el "status quo" o al apoyo indiscriminado de soluciones por caminos inhumanos de violencia. Ya en el mismo Documento de Puebla se han señalado estas dos deficiencias entre nuestros cristianos: "Ante los desafíos históricos que enfrentan nuestros pueblos encontramos entre los cristianos dos tipos de reacciones extremas. Los pasivistas: que creen no poder o no deber intervenir, esperando que Dios solo actúe y libere. Los activistas, que en una perspectiva secularizada, consideran a Dios lejano, como si hubiera entregado la completa responsabilidad de la historia a los hombres, quienes, por lo mismo, intentan angustiada y frenéticamente empujarla hacia adelante. La actitud de Jesús fue distinta. En El culminó la sabiduría enseñada por Dios a Israel. Israel había encontrado a Dios en medio de su historia. Dios lo invitó a forjarla juntos, en Alianza. El señalaba el camino y la meta, y exigía la colaboración libre y creyente de su Pueblo" (P. 275-276). La asimilación interna, aunque sea acrítica, de los pecados urbanos en la comunidad de la Iglesia es la que le impide "ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia, para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (P. 274).

La dificultad, teórica y práctica, se plantea al preguntar cómo hacer de la Iglesia Ciudad de Dios en nuestras inhumanas ciudades, para realizar su misión evangelizadora en la ciudad.

En nuestro caso, juzgo para ello como indispensable una conversión eclesial en la que la comunidad asimile simultáneamente y con profundidad radical el espíritu del Evangelio, el ser y el ethos urbanos, y el ser y el ethos de la cultura latinoamericana en la que simultáneamente conviven diferentes culturas, que en el seno de la Iglesia deberían de sentirse aceptadas fraternalmente y en dinámica de mutua colaboración.

Imagen de la Iglesia Urbana como Ciudad de Dios

Esta asimilación interna por parte de la comunidad cristiana, nos permite trazar una imagen aproximada de la Iglesia como Ciudad de Dios en la conflictiva y amenazante comunidad humana.

La primera nota sería la perfecta identificación con su propio ser y misión en el interior de la ciudad, para que a partir de esta identificación procure ser lo que debe ser.

Su identificación ha de venir dada, en primer lugar, por su conciencia de ser una comunidad congregada por la fe en el nombre del Señor, de tal manera que advierta que en el fervor, la obediencia y la fidelidad de su fe a Jesucristo, es donde se encuentra el fundamento de su fuerza y de su esperanza. Cristianos son, teológica y sociológicamente, los discípulos del Señor que, de tiempo en tiempo, se congregan alrededor de la Eucaristía para vivir sus vidas conforme a las exigencias del Evangelio, conscientes de que sólo en el nombre del Señor está la salvación.

Su identificación ha de encontrarla también en su libertad para *recibir a todos los hombres* que invitados por el Señor Jesús solicitan su incorporación a la Iglesia, sean considerados como justos o como pecca-

dores por la sociedad envolvente y predominante, con tal que quieran vivir conforme a las exigencias del Evangelio e integrarse en la caridad fraterna. En la comunidad del Señor, superando sus diferencias seculares, supieron encontrarse simultáneamente el colaboracionista Mateo y Judas el Zelote. El riesgo de la Iglesia es dejarse dominar en su interioridad por las exigencias exclusivistas de los radicalismos excluyentes de la sociedad. La Iglesia es un lugar privilegiado por la fuerza de la fe, donde se tiene que iniciar la reconciliación de los hombres.

La identificación de la Iglesia implica que ésta acepte su *modesto puesto sociológico* en la ciudad, pero que al mismo tiempo *lo defienda con absoluta libertad cristiana*, y no sólo para sí misma sino también para otras entidades similares y honestas. Su puesto, desde el punto de vista sociológico-urbano, es el de una asociación libre de carácter religioso, con todas las características que la palabra religioso implica en el n. 4 de la Declaración de Libertad Religiosa.

Como asociación libre ha de reconocer y aceptar con alegría que se encuentra ella también en la base de la comunidad humana ciudadana ante las autoridades legítimas de la sociedad, sin pretender situaciones privilegiadas que no correspondan al ámbito de las exigencias de su propio ser. Pero simultáneamente ha de defender el derecho a ser reconocida como tal asociación y respetada en la autonomía característica de toda asociación libre y que en este caso viene definida y dada por el mismo Jesucristo. En caso de conflicto, la Iglesia nunca puede olvidar el principio apostólico de que antes hay que obedecer a Dios que a los hombres (Act. 4,20), incluso con el riesgo de la persecución y del martirio.

La auténtica libertad exige que la Iglesia resuelva internamente el problema de su *autofinanciación*, en todas aquellas dimensiones en las que una asociación libre no tiene justificación para pedir ayudas económicas a la economía pública de la ciudad. Incluso, para una ejemplaridad urbana debe limitar al máximo su legítimo derecho de pedir limosna a unas comunidades eclesiales del exterior con mayores posibilidades. En cualquier hipótesis, la opción decidida por la pobreza evangélica será motivo para originar una dinámica de denuncia frente a los modelos economicistas imperantes en la ciudad, evitando los gastos inútiles y las apariencias antievangélicas, y en momentos de angustia podrá decir con S. Pedro: "Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar" (Act. 3,6).

La identidad supone la conciencia clara de su misión: la Evangelización, con todas las dimensiones que han sido trazadas en el Concilio Vaticano II y con las puntualizaciones ofrecidas por Pablo VI en Evangelii Nuntiandi.

La segunda nota de una Iglesia urbanizada es el desarrollo de su *funcionalidad externa* y del ejercicio de dicha *funcionalidad* como servicio, similar a la funcionalidad que ha de caracterizar a la comunidad urbana.

La base de esta nota es profundamente evangélica: "Yo no he venido para ser servido sino para servir" (Mt 20,28).

Así la Iglesia saldrá de todo ensimismamiento egoísta, evitando la preocupación por sus propios intereses materiales y superando las ambiciones internas que suelen surgir en nuestras comunidades y que ya

fueron fustigadas por el mismo Jesús en la comunidad apostólica en la Última Cena.

Pero el servicio de una Iglesia Urbana y su funcionalidad tienen diversas dimensiones que han de ser simultáneamente atendidas. En primer lugar, *la Iglesia Local Urbana* ha de procurar *ciertos servicios* tanto desde la dimensión humana como eclesial a la zona que está centralizada por la ciudad. Esta actitud abierta, le permitirá concientizarse mejor de los problemas reales de dicha región, los que ha de asumir en el mensaje evangelizador que ha de transmitir a la ciudad en la que está emplazada. La ceguera de la ciudad frente a los problemas inhumanos de la región que centraliza termina destruyendo a la misma ciudad. Además, para la Iglesia, este contacto servicial con la Iglesia regional le permitirá establecer un sistema de comunión en orden a una evangelización orgánica no sólo de la ciudad sino de todo el sistema urbano.

De cara a la *comunidad urbanita*, la Iglesia ha de vivir para la evangelización de ella, preocupada de todos los problemas que le acosan, apuntándole con lucidez evangélica los problemas que la destrozan, sugiriendo caminos de solución, aunando a los hombres de buena voluntad y aunándose con ellos en la medida en que buscan las auténticas soluciones, y, sobre todo, promoviendo la transformación por caminos de conversión y reconciliación auténtica de toda la ciudadanía. Ella misma ofrecerá los servicios que le sean posibles, especialmente los sectores más necesitados.

La tercera nota de una Iglesia urbanizada es la de saberse situar en el lugar exacto sociológico donde los problemas internos de la ciudad aparecen con toda su crudeza hasta sus últimas consecuencias: *en el lugar de los pobres*, lo que apoya decididamente Puebla con su opción preferencial de los pobres. Como acaban de afirmar los Obispos del Brasil "resulta útil situarse en el lugar social que permita contemplar mejor la condición estructural de la injusticia: el lugar de las poblaciones que más las padezcan".

Es interesante recordar que la primitiva Iglesia de Jerusalén, alentada por la fuerza del Espíritu Santo, comienza proclamando la inocencia salvadora de un hombre, Jesús de Nazareth, que injustamente "ajusticiado" fue colocado entre el número de los malhechores. En el reconocimiento de la inocencia de Jesús estaba su salvación. La no aceptación de revocar su injusta sentencia fue la destrucción de todo el pueblo de Israel. Desde esta perspectiva, la solidaridad evangélica con los problemas de los pobres es signo de autenticidad de la Iglesia en la ciudad y, desde nuestra perspectiva, es el comienzo de la salvación de toda la comunidad urbana, sin que sea excluido ninguno de sus ciudadanos, sea cual sea el sector en el que se encuentre. Lo que se exige de todos, en el nombre del Señor, es el reconocimiento de sus pecados, y la eficaz conversión, que ha de traducirse, desde las exigencias sociales de la fe, en la promoción activa de los derechos de la dignidad humana conculcados en los hermanos.

La cuarta nota es la construcción de una Iglesia orgánica y corresponsablemente estructurada tanto con respecto a la misión común con relación a la ciudad, como con relación a edificación de la misma Iglesia. Es una respuesta frente a una ciudad atomizada y en la que muchos son

marginados de la participación en la manifestación de los problemas que se padecen y en las decisiones que tienen consecuencias para todos los ciudadanos.

Esta manera de edificar la Iglesia, orgánica y corresponsablemente abre en ella las posibilidades de la *macrocomunidad* ciudadana exigidas por su ethos urbano. En las grandes eucaristías muchos sólo serán conocidos por su función específica, o por sus carismas, o sencillamente como hermanos, pero con la conciencia de que todos son miembros del mismo Cuerpo de Cristo, empeñados con la fuerza del Espíritu Santo en una misma misión.

El ejercicio de la corresponsabilidad ordenada exige que todos los hermanos sean *informados* oportunamente y que todos tengan la oportunidad de expresarse con libertad evangélica ante la comunidad, con la confianza de que su palabra será escuchada. Es de este modo como la Iglesia, regida por sus Pastores promoverá un *magisterio orgánico* para la ciudad y para toda la comunidad eclesial, adquiriendo las mismas características la función de santificación y servicio.

Por otra parte, es en esta organicidad dinámica y misionera donde podrá conseguirse que *todas las instituciones*, iniciativas y proyectos de los cristianos queden *informados por el mismo espíritu y orientados por las exigencias de la misma misión*, evitando las contradicciones internas que con frecuencia se advierten en la Iglesia lo mismo que en la ciudad.

La quinta nota sería la aceptación y promoción de lo que, desde un punto de vista sociológico, llamaríamos *asociaciones o estructuras intermedias*, y que con un lenguaje teológico podrían denominarse como *comunidades carismáticas*, en el sentido paulino más rico y profundo. Esto origina una Iglesia viva, con capacidad de renovarse constantemente, con el ejercicio activo de la libertad ganada por Cristo. Dichas comunidades carismáticas, con la ayuda de los Pastores, han de saberse integrar en la unidad de la Iglesia y aceptar con alegría el discernimiento que en cada momento la comunidad global ha de hacer de ellas.

El desarrollo de este factor dentro de la Iglesia sería una importante aportación a la evangelización de la comunidad ciudadana latinoamericana.

La sexta nota, muy unida con la anterior, es la promoción de las *pequeñas comunidades* —comunidades eclesiales de base las llamamos actualmente— en las que el cristiano pueda realizar su vida cristiana en comunidad y al mismo tiempo en relaciones de amistad e intimidad. Esto podría originar en nuestras ciudades una auténtica *red de Iglesias Domésticas*, similares a las que se tenían en los primeros años del cristianismo en las diferentes ciudades del Imperio.

La séptima nota, es la *atención personal* a cada uno de los cristianos en la dinámica global de los sacramentos de la confirmación, la reconciliación y la santa unción, de tal manera que se realice y muestre el amor que se tienen entre sí los discípulos del Señor, conforme a su mandato: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis mutuamente" (Jn 13, 34-35).

Pienso que estas siete notas unidas y entrelazadas entre sí estructuran un modelo concreto operativo y evangelizador de Iglesia frente a nuestras

ciudades. Ciertamente una Iglesia estructurada de esta manera y cumpliendo fielmente con su responsabilidad profética y con su acción evangelizadora sobre la ciudad, podrá ser numéricamente pequeña, pero será fermento, cobrando fuerza para acoger cada vez más nuevos miembros, y ofreciendo una coherente evangelización a su ciudad. Su instancia de conversión podrá ser tan grande que quizá termine siendo perseguida por los poderes de este mundo. Pero sabrá que podrá ser mártir, pero nunca homicida, y que la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

V. Políticas Pastorales para la Construcción de una Iglesia Urbana

Determinada la relación que ha de establecerse entre la Iglesia Local Urbana y la Ciudad, y apuntado el proyecto focal de una Iglesia "modelo dinámico" de la Ciudad de Dios presente en la Ciudad de los Hombres, queda por sugerir algunas líneas operativas para la construcción de una Iglesia Urbana más evangelizadora en nuestras ciudades latinoamericanas.

A mi juicio, cinco son los puntos fundamentales que han de ser atendidos en la renovación y adaptación de las Iglesias Locales Urbanas: su unidad, su organicidad, los agentes pastorales, los instrumentos para la acción, y la determinación de los espacios o centros vitales de la ciudad en los que ha de incidir la acción evangelizadora de la Iglesia para la continua conversión liberadora de la comunidad urbana.

Una Iglesia Unida

Anteriormente definí la Iglesia Local Urbana como la comunidad católica, jerárquica y carismáticamente dotada, enraizada en una ciudad y que tiene como misión la evangelización, conversión y salvación integral de la comunidad ciudadana. Esto supone concebir la Iglesia Urbana como un cuerpo unido, el Cuerpo de Cristo en la Ciudad, solidariamente responsable de su misión evangelizadora.

Pero la unidad de la Iglesia tiene que ser sentida por la propia comunidad cristiana y construirse constantemente, ya que se trata de una realidad dinámica siempre con posibilidades de crecimiento y con la amenaza de su debilitamiento e incluso de su destrucción, como se evidenció ya en las primitivas comunidades apostólicas.

En nuestro caso, tres son los elementos fundamentales para el desarrollo de la unidad de la Iglesia Local Urbana, conforme al proyecto anteriormente trazado: unidad en su dirección, en su fe y en sus objetivos.

Una Ciudad, un Obispo

Ante el crecimiento desmedido de las modernas megápolis, surge la pregunta de la oportunidad y conveniencia de dividir la ciudad en diversas diócesis o mantener la unidad diocesana bajo la dirección de un único Obispo residencial. Son muchas las razones que se aducen desde uno u otro punto de vista, e incluso hoy tenemos la posibilidad de contrastar las experiencias que se han hecho en diversas ciudades.

Mi modesta opinión en este punto se inclina por la unidad con un único Obispo residencial que sirva y presida a toda la comunidad católica

existente en la ciudad. De esta manera, de cara a toda la ciudadanía, se manifestará mucho más clara la unidad de la Iglesia, pero, al mismo tiempo, al interior de la propia Iglesia se evitará la diversidad de proyectos, decisiones y orientaciones que fácilmente pueden surgir con la pluralidad de pastores con similar autoridad en el interior de un único recinto ciudadano. Además el servicio de un solo Obispo titular favorecerá la unidad de orientación y la eficacia evangelizadora de la comunidad cristiana urbana con relación a la comunidad ciudadana.

Unidad en la Fe

Siendo, sin duda, importante la unidad episcopal en la Iglesia Urbana, no podemos olvidar que el fundamento original y vital de toda Iglesia se encuentra en su fe y en la plenitud de su fe en Jesucristo y en el Evangelio. Debilitando la fe, se debilita la unidad de la Iglesia; desaparecida la fe, desaparece la Iglesia, porque en ella se fundamenta la solidaridad y la fraternidad de los cristianos entre sí, incluso entre aquellos que pueden sentirse distanciados por otras razones de tipo extraeclesial, porque "aquí no hay más griego ni judío, circunciso ni incircunciso, extranjero, bárbaro, esclavo ni libre; no, lo es todo y para todos Cristo" (Col 3,11). Sólo una fe en continuo crecimiento puede garantizar la unidad interna de la Iglesia.

Pero, en nuestras circunstancias actuales, es interesante subrayar que la unidad creciente de la fe ha de desarrollarse con un profundo respeto activo a la dignidad de la persona humana por parte de todos, —dignidad tan lesionada en nuestra América Latina— y con una profunda identificación con la problemática honda del mundo de los pobres, ya que ellos son los especialmente vejados en su dignidad humana, repitiendo de nuevo en su carne la imagen de Cristo crucificado. En la medida en que la comunidad cristiana urbana crezca en su fe, se concientizará, en el contorno de su realidad inmediata, de las urgentes palabras del Señor sobre el modo de comportarse con los pobres, con los que el mismo Jesús se siente identificado (Mt 25,31-46), produciéndose la "conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres" (P. 1134).

Consiguientemente, plenificación de fe, crecimiento en el respeto activo a la dignidad humana y maduración en la solidaridad con los pobres, son tres factores que han de ser especialmente atendidos para que se desarrolle desde el interior de los cristianos la unidad de la Iglesia. Es importante el recordar, desde el ángulo de vista teológico, que estas tres dimensiones —revelación de la Palabra de Dios, dignidad de la persona humana y pobreza hasta la injusticia de la cruz— se encuentran personificadas en la realidad del Jesús de la historia.

Unidad de Objetivos

Una es la misión de la Iglesia Local Urbana, como de toda la Iglesia universal: la Evangelización, con la que han de sentirse solidarios todos sus miembros. Pero esta misión se ha de concretar en objetivos inmediatos tanto de tipo eclesiológico como urbano. La determinación de estos objetivos es responsabilidad de cada Iglesia Local, supuesto un

diagnóstico evangélico de la realidad urbana bajo el impulso interno de caridad y discernimiento movido por el Espíritu Santo.

Pero, en el contexto de nuestras ciudades latinoamericanas, solemos encontrar dos aspectos sobresalientes para la determinación de dichos objetivos. El primero, de tipo estrictamente eclesial, es la necesidad de incorporar progresivamente a los bautizados, mediante una maduración de su propia fe, como miembros activos y responsables en la comunidad de la Iglesia, según sus propios carismas y posibilidades. Es un objetivo de largo alcance, dado que la mayoría de nuestras poblaciones están constituidas por personas bautizadas y que se denominan cristianas.

Objetivo paralelo ha de ser, desde mi punto de vista, la promoción de la solidaridad en la ciudad por una mejor justicia para todos sus ciudadanos, especialmente para los desposeídos y los pobres, dada la caótica situación que en este punto se advierte en la mayoría de nuestras urbes.

Este segundo objetivo ha de poner de relieve las necesidades más urgentes tanto en la región centralizada por la ciudad como en la propia ciudad. Se trata de hacer frente a la promoción de condiciones más humanas de vida, en las que el trabajo justamente retribuido, la vivienda y los servicios estén al alcance de toda la población, al mismo tiempo que queden asegurados el respeto a la persona y a la familia por los diferentes entes que rigen la vida de los ciudadanos.

Es cierto que, en muchas ocasiones, la solución de esta problemática de la justicia en la ciudad y en la región desborda las posibilidades internas de la ciudad, ya que tiene que moverse en un cuadro mucho más amplio de política regional, nacional e incluso internacional. Es el momento en el que las Iglesias Locales sienten su limitación en el proceso evangelizador global, necesitando integrarse en proyectos pastorales más amplios, bien de tipo nacional, bien de tipo continental.

Una Iglesia Orgánica

La unidad de la Iglesia Local Urbana ha de quedar complementada con su organicidad, dimensión que ya quedaba apuntada por S. Pablo en su intuición de un único cuerpo integrado por variedad de carismas (1 Cor 12). Me reduzco a indicar algunos factores más característicos para el desarrollo de una Iglesia Local Urbana, más orgánica y más organizada.

En las actuales circunstancias, supuesta la complejidad de las ciudades y el peligro de dispersión de nuestros cristianos, para que la Iglesia cumpla su misión en la ciudad parece necesario la elaboración de un Plan de Pastoral Orgánica que oriente a la totalidad de la Iglesia Urbana tanto en su misión como en su quehacer interno. El permitirá una unidad de orientación manteniendo simultáneamente la variedad de los carismas que surgen en cada Iglesia.

Simultáneamente, como hoy es conocido de todos, es necesaria una estructuración planificada de la Iglesia tanto de tipo zonal como de tipo funcional.

Pero de capital importancia considero la instauración de tres tipos de organismos en la Iglesia Urbana: organismos de corresponsabilidad, organismos de información y organismos de canalización de la opinión pública de los cristianos.

Los organismos de corresponsabilidad están fundamentalmente dados por el Consejo de Pastoral, Consejo del Presbiterio, Consejo de Religiosos y Consejo de Laicos, instrumentos que pueden modelarse de diferentes maneras, pero acompañando orgánica y corresponsablemente la autoridad pastoral del Obispo en todo lo correspondiente a la edificación y a la misión de la Iglesia. Para su máxima validez estos organismos exigen el máximo de representatividad y de conexión con las bases a través de diferentes sistemas que pueden establecerse.

Pero estos consejos u organismos de corresponsabilidad quedan en la práctica invalidados cuando no están apoyados por los organismos que denominamos de información y de canalización de la opinión pública dentro de la Iglesia. Sin información necesaria, no es posible una conexión práctica y estimulante entre los miembros que han de ser solidarios de un proyecto común. Sin posibilidades de manifestar con libertad las diferentes opiniones, se termina restando autoridad y eficacia a las decisiones, incluso con el peligro de originarse los sectarismos e individualismos, que sofocan el testimonio de unidad en que se apoya la eficacia de la acción evangelizadora de la Iglesia, según la palabra del Señor.

Agentes de Pastoral

Nuestras Iglesias Urbanas de América Latina exigen una red muy amplia de agentes de pastoral que articulen orgánica y responsablemente las enormes multitudes que se denominan cristianas, pero que por falta de posibilidades en la práctica se sienten desatendidas. Esto exige que junto a los Obispos (residencial y auxiliares) y sacerdotes, se promueva una red muy diversificada de nuevos agentes que se incorporen a las responsabilidades de la Iglesia a través del diaconado, de los ministerios laicales o de misiones recibidas del Obispo.

Pero para que esta red tenga toda su eficacia necesita establecerse un sistema que favorezca simultáneamente la conexión y la descentralización de la pastoral, de tal manera que, manteniendo la unidad necesaria, quede también establecido el campo de competencia y autonomía de cada uno de los agentes, de modo que pueda actuar con responsabilidad propia y con la oportuna autonomía, tal como se establece en las modernas técnicas de la dirección por objetivos.

Junto a esta red, que denominaría ministerial, es importante tener en cuenta los carismas libres que el Espíritu suscita en la Iglesia Urbana. Con frecuencia es en estos carismas donde la autoridad eclesiástica encuentra las mejores posibilidades para hacer a la Iglesia presente, y con alegría, en las zonas más difíciles y arriesgadas de la pastoral, que en muchas ocasiones son simultáneamente las zonas más necesitadas. Piénsese en este punto en las comunidades religiosas que optan por una inserción radical en los barrios más marginados, o las agrupaciones que se sienten llamadas a actuar como fermento cristiano en las fábricas o en los sindicatos, o en la recuperación de drogadictos, expresidarios o prostitutas.

Al mismo tiempo han de ser especialmente atendidos y acompañados aquellos cristianos, que bajo su propia responsabilidad, encuentran la realización de su misión evangelizadora en el compromiso inmediato con las

distintas realidades temporales de la ciudad. Ellos son los misioneros de la única Iglesia en el contexto secular de la sociedad.

El incremento de esta amplia red de agentes de pastoral exige, de diferentes maneras, una pastoral específica de promoción a la responsabilidad cristiana y al descubrimiento generoso de la propia vocación en el seguimiento de Jesucristo, y un proceso de formación de dichos agentes en la mentalidad específica de una Iglesia Local Urbana.

Los Instrumentos de Evangelización

La Iglesia también ha de tener sus medios o instrumentos específicos de evangelización en la gran ciudad. Instrumentos son sus iglesias y santuarios, sus centros de formación, sus hospitales, colegios, universidades, sus propios medios de comunicación social etc., etc.

Este es un tema bien complejo y que ha sido ampliamente discutido en los últimos años bajo la conocida problemática denominada institucionalización o desinstitucionalización de nuestra Iglesia, que ha motivado un conjunto de sugerentes y de discutibles experiencias.

Es, sin duda, un difícil tema en el que ha de ponerse a prueba la capacidad de discernimiento y de decisión de cada Iglesia Urbana, considerando cuáles son los instrumentos que ayudan positivamente a la evangelización y cuáles son los que la desaceleran o incluso la destruyen con su falta de testimonio.

Pero realizado el discernimiento, hay un punto que nunca ha de olvidarse: los instrumentos que la Iglesia haya de mantener o promover para su labor evangelizadora en la ciudad, han de ser perfectamente identificables y coherentes con el proyecto evangelizador urbano. De otra manera, estos instrumentos estarían manchados por el pecado de instituciones seculares y paralelas que existen ya en la ciudad, y la Iglesia de esta manera perdería su función de ser modelo dinámico para una ciudad más humana y conforme al proyecto del Reino de Dios.

Presencia en los Centros Vitales de la Ciudad

Un último punto, que me parece importante en la construcción de una Iglesia Local Urbana, es la determinación de los centros vitales de la ciudad en los que debe hacer su presencia en orden a una evangelización global de la comunidad ciudadana. Es clave el hacer este discernimiento dadas las limitaciones de nuestras Iglesias. Es una responsabilidad insoslayable si pretenden cumplir con su misión sobre la globalidad de la comunidad urbana. Indico algunos centros neurálgicos que me parecen especialmente importantes.

El primero de estos centros neurálgicos es el mundo de los pobres en la ciudad, es decir, el mundo de aquellos que más padecen los pecados de la ciudad. Ellos serán principalmente, sobre todo si se convive con ellos, los que concientizarán a la Iglesia de los problemas profundos que existen en la comunidad ciudadana, y los que canalizarán con sus vidas el grito contra los pecados antievangélicos existentes, y las contradicciones existenciales a las que se encuentra sometido el ethos urbano. Ellos son los que despertarán toda la misericordia que debe de existir en el corazón de

la Iglesia, misericordia que se traducirá en un serio y real compromiso con su misión evangelizadora.

Centros vitales de la ciudad son también los espacios en los que se genera la información y se transmite la educación y la cultura, dada la influencia que tales instrumentos tienen para la orientación de toda la ciudadanía. En dichos centros tiene una importancia especial la evangelización de los responsables y agentes de la información y de la educación.

El campo de la producción de bienes, en su sentido más amplio de obreros y empresarios, tiene una especial trascendencia por la incidencia en el sector económico que tanto determina la problemática de una ciudad. Es un sector especialmente conflictivo en nuestras ciudades, pero en el que urge una profunda evangelización como ha marcado Juan Pablo II en su reciente documento "Laborem Exercens".

Tampoco puede faltar la presencia de la Iglesia evangelizadora en aquellos espacios en los que se decide el porvenir de la comunidad ciudadana, bien porque en ellos directamente se ejerce la autoridad, o bien porque localizan asociaciones libres con la finalidad de ejercer su influencia en la marcha global de la población. Es un espacio en el que la Iglesia nunca pretende alcanzar el poder, pero en el que se siente con la responsabilidad de proclamar con libertad la palabra del Evangelio, para que los hombres que en él se encuentran comprometidos vivan su responsabilidad conforme a las exigencias del Reino de Dios y del ethos ciudadano.

Por último, la Iglesia, con la misma humildad del Señor Jesús, se ha de hacer presente al conjunto de la comunidad urbana. Se hace presente mediante el magisterio y la palabra profética de sus pastores; con sus gestos públicos de fe en Jesucristo y de solidaridad con los hombres; con su colaboración en todo aquello que es bueno y necesario y redundante en beneficio de la comunidad y especialmente de los más necesitados.

Pero siempre y en todo momento, y en cualquiera de estos espacios, la Iglesia no ha de olvidar que en su modo de actuar, de vivir y de ser ha de manifestar transparentemente la imagen del Jesús pobre, consciente de ser enviado con un mensaje del Padre y dispuesto a entregar su sangre por el bien de todos y para el perdón de los pecados.